

EL BARDO.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y TEATROS.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes, al precio de 4 rs., tanto en la Capital como fuera de ella.

30 de Diciembre 1859.

Se suscribe en la Administracion, calle de Elvira, núm. 14, donde se dirigiran las reclamaciones.

DIRECTOR PROPIETARIO.

D. Juan A. Gutierrez de Tovar.

Colaboradores.

Sres. Abad, D. Rosendo.
Aguado, D. Pantaleón Martin.
Alvarez, D. Mariano.

Sres. Barthe, D. Luis, Madrid.
Belver, D. Juan, Granada.
Cánovas, D. José Maria.
Sta. Cánovas, Doña Aurora.
Sres. Carbajal, D. Vicente M., Madrid.
Espadas y Cárdenas, D. José.
Estéban de Góngora, D. Mariano.
Espinosa, D. Cristóbal.
Fernandez-Delgado, D. Santiago.
Fernández y Rodriguez, D. Antonio, Madrid.
Sta. Franco, Doña Ana.
Sres. Gomez, D. José Maria.
Gonzalez Garbin, D. Antonio.
Guevara, D. Pedro.
Lopez, D. Joaquin Maria.

Sres. Lopez Vazquez, D. Ricardo.
Lopez Vela, D. Cristóbal.
Masa, D. Domingo.
Molina, D. Gaspar.
Muller, D. Victoriano M., Madrid.
P. y Delgado, D. Luis.
Rada y Delgado, D. Juan, Madrid.
Rodriguez y Garcia, D. Francisco, Madrid.
Ros, D. Marcelino.
Rubio, D. Antonio.
Sagredo, D. Ignacio Gil de
Simonet, D. Francisco J., Madrid.
Tamarit Ponce, D. Rafael.
Vidal, D. Cristóbal, Madrid.
Srio. de la redaccion, D. Diego Vida.

SUMARIO.

El 26 de Diciembre y el 17 de Octubre, por Don Francisco Rodriguez y Garcia. — *Emilio* (continuación), por D. Diego Vidal. — *El Amor maternal*, por D. Antonio Rubio. — *A una Mujer*, por D. Rafael Tamarit y Ponce. — *A una Niña*, por D. Juan B. Conesa y Peraleja. — *Sin ella, qué es la vida?*, por D. Juan Belver y Llamas.

El 26 de Diciembre

y el 17 de Octubre.

Hay en la vida de los pueblos lo mismo que en la de los individuos, días de eterna memoria; días que por ir unidos á un hecho grande, infausto ó glorioso, guardan estos por siempre gravados en su memoria y conservan aquellos escritos con caracteres indelebiles en los anales de su historia; porque la historia es á los pueblos lo que la memoria á los individuos el gran archivo donde se conservan esos acontecimientos grandes y trascendentales que son como otras tantas estrellas que señalan el derrotero de su vida.

¿Qué corazon español podrá recordar sin dolor el día nefando de la batalla de Villalar, día oscuro, triste, sombrío, en que el sol escondido tras los densos nubarrones no quiso alumbrar con su presencia la rota de las comunidades de Castilla y en que hasta el cielo en continua lluvia lloraba la muerte de las liber-

tades españolas, la ascension de los flamencos á los altos puestos de la Iglesia y del Estado y el entronizamiento del despotismo de la casa de Austria?

¿Habrá algun español que no sienta en su pecho el entusiasmo y en su alma alegría y tristeza, al recordar el inmortal *Dos de Mayo*, día tristemente glorioso, en que un pueblo inerme lanza un reto á la frente del Capitan del siglo, se levanta contra sus aguerridas legiones al grito santo de *Libertad y Patria*, grito ahogado en sus gargantas por la metralla de los cañones franceses, pero que resonando por todos los ámbitos de la península viene á ser el prólogo de una epopeya tan grandiosa que cuenta entre sus páginas á Bailen, Talavera, Zaragoza y Gerona?

¿Habrá algun español tan desgraciado que pueda recordar sin júbilo el día en que en una apartada isla renacen las patrias libertades arrullando su cuna las azules olas de los mares, la penetrante voz de los clarines y el hórrido estampido de los cañones?

El mundo entero, el antiguo continente y las Américas, Europa y España, cuentan en sus anales días gloriosos, días inmortales que no olvidarán nunca, que guardarán encerrados en lo mas íntimo de su corazon mientras vivan, que trasmirán á sus hijos, con el último suspiro, al sepultarse en los insondables abismos de la eternidad.

Nosotros, hijos de Almería, hijos de esa ciudad bendecida á quien amamos con toda la efusion de nuestra alma, con todo el ardor de nuestro corazon, no podemos recordar sin sentirnos conmovidos el 17 de Octubre de 1447 y el 26 de Diciembre de 1490. Porque se presentan á nuestra alma como dos días gloriosísimos para Almería; porque el corazon trasmite á nuestra fantasía el fuego del amor patrio y estas le dá animación, calor, vida, presentándolos á nuestra vista matizados de mil colores y rodeados de es-

plendores divinos. Porque el 17 de Octubre es para nosotros el símbolo de uno de los hechos de armas mas grandes que registra la lucha gigantesca entre la Cruz y la Media-luna y este hecho gloriosísimo para las armas cristianas, tiene por teatro á nuestra querida patria, y el 26 de Diciembre, significa para Almería y para sus hijos el triunfo definitivo de la religion civilizadora de Jesus sobre la molice y el oscurantismo de la religion de Mahoma.

Las infinitas tribus bárbaras que habitaban los abrasados desiertos del Africa, oyeron con regocijo desde el fondo de sus inmensos arenales el estruendo que movió el antiguo Imperio godo al desplomarse y sepultar sus glorias en las turbias ondas del Guadalete. Avidas de riquezas y atraídas por el cebo de la conquista, se derramaron como una manada de tigres feroces sobre toda la península española.

La Virgi de otros tiempos, el antiguo Portus Magnus siguiendo la suerte de nuestra nacion desventurada gimió bajo el yugo del árabe que al verla levantarse riente y hermosa sobre un mar azul sereno y apacible la bautizó con el nombre de Almería que vale tanto como decir *Espejo del Mar*. Andando el tiempo vino á convertirse nuestra patria en un nido de piratas, en guarida de todos los corsarios berberiscos que saliendo de ella y derramándose por todos los mares ponían espanto en el corazon de los hombres que llevaban sus riquezas á merced de las olas, siendo el terror de todas las potencias comerciales del mundo.

Alonso VII, príncipe de alma audaz, de pecho entero y corazon levantado, príncipe batallador y guerrero que por los inmensos triunfos que consiguió sobre la gente agarena y por sus numerosas conquistas mereció que el pueblo cifera á sus sienes la diadema de Emperador y que mas de un rey le pagará tributos, miró en torno de sí, y al ver temblar de pavor á las potencias mercantiles, al ver al hombre honrado perecer bajo el hacha del pirata que lo acechaba, al ver á los corsarios berberiscos crecer á la sombra de la impunidad, engrandecerse de dia en dia y enseñorearse de los mares, hizo en su conciencia propósito de escarmentarlos con un terrible castigo. No pararon aquí los designios del Emperador; eran mas altos y atrevidos sus pensamientos. Conocía él muy bien que el centro de casi todos los corsarios que derramándose por los mares llevaban por do quier el llanto, el luto, la desolacion y la muerte, era Almería y se resolvió desde luego á conquistarla.

Grave era la empresa, porque entonces nuestra patria era una ciudad muy bien fortificada y encerraba en su seno millares de valientes sarracenos dispuestos á defenderla con todo el ardor de su raza, y con todo el fanatismo de su religion; pero este no era obstáculo á un príncipe tan animoso como D. Alonso.

Firme en su propósito, lanza la voz de guerra en 1147; voz que se estiende por todos los dominios españoles, que cruza los mares en alas de los vientos y de la fé cristiana y va á encontrar un eco en las repúblicas de Génova y de Pisa. A la voz de guerra alborotanse los señorios de Leon y de Castilla; zumba ronca la campana de los castillos feudales; tiran los siervos el arado, empuñan la ballesta, y abandonando los campos que regaban con su sudor acuden al llamamiento de su señor á regar otros campos con su

sangre. Congréganse en son de guerra todas las gentes. Los ricos-homes de Galicia, Leon, Asturias, Estremadura, Hita, Guadalajara y las Castillas, acuden con sus pendones y calderas al frente de sus mesnadas y hasta D. Ramiro y D. Garcia reyes de Aragon y de Navarra vienen en son de guerra y al frente de sus caballeros y peones á militar bajo el glorioso estandarte del Emperador D. Alonso.

Grande y sublime era el espectáculo que ofrecía Almería el dia 1.º de Agosto de 1147. Apenas el alba empezaba á teñir con sus dulces blancas tintas ese cielo siempre azul y sereno que sonríe á nuestra patria; aun el trémulo fulgor de alguna estrella luchaba agonizante con los primeros arbores del dia y la brisa susurraba entre las almenas y el mar roncaba soñoliento sobre la blanca arena, cuando las innumerables legiones de Hita, Guadalajara, Asturias, Leon, Galicia, Estremadura, Aragon, Navarra y las dos Castillas, coronan las crestas de nuestras montañas, cubren las faldas de nuestras sierras, inundan nuestros valles y nuestras llanuras con la fé del cristiano en sus almas, con el entusiasmo del español en sus pechos, con el valor del héroe en su corazon.

Era tantísima la gente de guerra que á la sombra del estandarte imperial acudió á la conquista de nuestra patria que segun cuentan antiguos cronicones en los manantiales y riachuelos cercanos no habia agua bastante á apagar la sed de tantos seres ni los campos producian yerbas para alimentar tantas acémilas y caballos. Los mesnaderos tendidos sobre las llanuras mas que numerosos ejércitos parecían espesas nubes de langosta.

Los moros de Almería al ver venir sobre ellos tantos guerreros como agrupados enredador del estandarte sacrosanto de la Cruz se acercaban, sintieron el pavor en su alma y lanzaron una mirada de esperanza á la inmensa llanura de los mares. Tambien allí les esperaba otra pavorosa sorpresa. Allí por el lejano horizonte, hinchadas sus blancas lonas por la brisa de la mañana y llevando delante de sí gigantes montes de espuma, magestuosa, bella, silenciosa, como una bandada de blancas gaviotas, avanzaba una multitud innumerable de galeras sobre cuyos gallardetes ondea tambien la enseña de Cristo.

Eran las poderosas armadas de Raimundo, conde de Barcelona y de Guillermo, duque de Mompeller y las galeras de Génova y de Pisa que de concierto con el Emperador y auxiliándole en su gloriosa empresa venian á atacar á Almería por la parte de mar en el mismo dia 1.º de Agosto de 1147.

Sitiada por mar y tierra y estrechando los cristianos cada vez mas el cerco, reducenla á tal estado que como dice atrevidamente un cronista de la edad media, *solo las águilas podian penetrar en su recinto*.

En tal estado las cosas trabase entre sitiados y sitiadores una lucha desesperada. Cúbrese de cadáveres los suelos, corre á torrentes la sangre de sarracenos y cristianos en tanta abundancia, que algunos cronistas dicen que se enrojecieron las aguas del mar. Lo que hay de cierto en esto es que el mar de Almería fué considerado por entonces como el nuevo Jordan donde debian venir á purificarse de sus culpas los cristianos pecadores.

Sea de ello lo que quiera, rendidos de pelear y fal-

tos de víveres capitulan los sitiados con D. Alonso VII el 17 de Octubre de 1447.

He aquí un día que no se borrará jamás del corazón de ninguno de nosotros; día memorable, glorioso é inmortal en que nuestra patria conquista las armas que aun ostenta orgullosa en su escudo. Mirad sino su emblema y vereis sobre el fondo plateado campear la cruz roja de los genoveses; reparad su orla compuesta de leones, castillos y granadas para indicar que la república de Génova y los reinos de Leon y de Castilla vinieron á conquistar á Almería, ciudad enclavada en el reino de Granada.

Pero no habia aun sonado en el reló de los tiempos la hora de la definitiva emancipacion de nuestra patria. Reconquistada en 1157 por Cid Abu-Said reconoció el señorío del emir Aben-Hud: de aquel emir de gran corazón y claro talento tan cantado por Mohamed-el-Sabany y que murió alevosamente ahogado en uno de los baños de nuestra alcazaba, por su caid Abd-el-Rahaman.

Las correrías que D. Pedro de Aragon en 1275 y que D. Jaime despues de concertada con el rey de Castilla la guerra santa, hicieron sobre nuestro pais, fueron completamente infructuosas.

Pero á fines del siglo XV asoma por los horizontes de nuestra política un astro esplendoroso de gloria y de ventura para España; estrella luciente que precede al gran día de nuestro engrandecimiento militar, político y literario; cuyos fulgores anuncian ya los vivísimos resplandores de nuestro inmortal siglo de oro y á quien la historia admira bajo el nombre de Isabel la Católica. Esta reina sin par, modelo de virtudes y talento, en cuyo corazón ardía sin cesar la pura llama de la fé cristiana y en cuya frente serena resplandecía el genio; reina la mas grande de nuestra historia, pues con una mano domaba la osada altivez de los nobles reduciendo á polvo sus opresores castillos y sus vergonzosas *peñas bravas* mientras con la otra consolaba al humilde, al aflijido levantando el estado llano á la vida política; reina grande y admirable que realiza la unidad política de España, que tiende su mano sabia, protectora y benéfica á las letras, á las ciencias y á la administracion de justicia y á cuyas plantas pone el genio de Colon un mundo sacado del seno de los mares, como si las tierras hasta entonces conocidas no fueran bastantes á contener tanto esplendor, tanta grandeza, tanta gloria... Isabel I, decimos, despues de haber conquistado á Baza ciñe á su cuerpo la acerada cota, á su cabeza el duro casco, empuña la espada que en sus manos centelleaba mas que el sol en el firmamento, monta su bridon de batalla y al frente de sus invencibles legiones y firme en su propósito de dar cima á la empresa comenzada por Pelayo en las montañas de Asturias y por Garcia Sanchez en San Juan de la Peña, se dirige á Almería cuyas puertas le abre el mismo Muley Boabdellin Zagal acaso cediendo á las sugestiones de Mohamed-Aben-Hazan, alcahíde de Baza, ó acaso ofuscado por el esplendor y anonadado por la grandeza de la mas grande de las reinas.

Sea de ello lo que quiera, el día 26 de Diciembre de 1490 entró Isabel la Católica triunfadora en nuestra querida Almería.

Desde este día glorioso é inmortal para nosotros, en las bóvedas de las antiguas mezquitas resonaron los dulces salmos de David y las divinas palabras del Me-

sías; sobre sus moriscas almenas se alzó para siempre el sacrosanto estandarte de la Cruz á cuyos hermosos resplandores rodó por el polvo la quebrantada Media-luna; el agua del bautismo cayó bienhechora y dulce como un rocío del cielo sobre las frentes tostadas de los hijos del Profeta despertando sus almas del sueño del sensualismo y abriendolas nuevos, puros y dilatados horizontes; desde entonces nuestra patria fue cristiana y Almería entró en el torrente de la vida universal.

Ya que Almería, esta ciudad hermosa á quien tanto queremos, siguiendo la suerte de nuestra nacion desventurada, no tiene otro consuelo que vivir de sus recuerdos, gocemos en ellos.

Hoy las armas españolas se miden de nuevo con las agarenas sobre las abrasadas arenas del Africa. ¡Quiera el cielo que el triunfo que allí obtengamos levante á España de su postracion y abatimiento dándole un puesto digno en los destinos de la Europa y la consideracion que su honra exige ante las grandes potencias del mundo! Entre tanto ¡Gloria al Emperador D. Alonso que despues de la ruina del Imperio godó hizo tremolar el primero el estandarte de la Cruz sobre las almenas de Almería!

¡Gloria á la grande Isabel que clavó para siempre sobre el polvo de la Media-luna la enseña divina del Evangelio!

¡Gloria eterna al 17 de Octubre de 1447 y al 26 de Diciembre de 1490! días inmortales en que nuestra patria querida, Almería, recibió el sublime y glorioso bautismo de la sangre y el no menos glorioso, pero mas dulce bautismo del agua.

Francisco Rodríguez y García.

EMILIO.

(Continuacion.)

XV.

Decíamos que la madre de Eugenia lloraba desesperada de rodillas delante de su moribunda hija. Ahora se ha cambiado el cuadro, pues Eugenia es la que de rodillas llora delante de su madre, asida con vehemencia de una de sus manos.

Pintado en su rostro el sufrimiento y agitada terriblemente, habla á su madre en estos términos:

—Perdon... perdon... madre mía!...

Inmóvil Doña Clara, pues este es el hombre de la madre de Eugenia, no contesta á la voz de su hija.

—Dignaos siquiera concederme que os relate la historia de mi desgracia! Dignaos escucharme, madre mía, y sabreis que vuestra hija es inocente... que ha sido víctima de las maquinaciones de un hombre perverso y cruel!... Miradme... miradme y leereis en mi frente y en mis ojos las muestras del quebranto de que es presa mi corazón! Escuchad... un joven pasó una tarde por debajo de este balcón y se quedó parado enfrente fijando con avidéz sus ojos en mí...

—Y tú... desgraciada!... dijo maquinalmente Doña Clara.

—Yo, madre, la interrumpió al momento Eugenia, yo ruborizada me retiré, pero volví luego y le vi con la vista fija en el suelo... y era su figura tan seductora y manifestaba sufrir tanto, que yo me conmoví. De pronto alzó la cabeza y me dirigió una mirada tan triste y con tanta ansiedad que me inspiró compasión... mas yo dominada por el rubor me retiré otra vez. Yo sentía una cosa en mi corazón que no puedo explicar... una intranquilidad que me devoraba, y así es que volví al balcón y mirando por entre las cortinas, ya no le vi en el mismo sitio. Entonces, ah! madre, las lágrimas se saltaron de mis ojos y un triste pesar me martirizaba; vuelvo á mirar... viendo la vista por todos lados y le descubrí en la playa recostado sobre la arena y apoyando su frente en la palma de la mano. Tal vez sería ilusión... pero me pareció que lloraba... ah! perdonadme... yo en aquel momento hubiera deseado estar á su lado para consolarle y enjugar sus lágrimas...

—Habla... habla pronto... pronto!

—Ah madre mía!... por Dios... tened lástima de mí!...

—De una vez... ¿quien...

—Esperad... esperad... yo os diré... Allí estubo, no se hasta cuando, pues la noche le hizo desaparecer á mi vista. Yo no podía apartar de mi imaginación su hermosa figura, yo no podía, á pesar de mis esfuerzos, olvidarle un momento y el sueño se negaba tenazmente á cerrar mis ojos. Ya á las dos iba mi espíritu adormeciéndose, cuando una dulce y arrebatadora música de flautas acompañadas de guitarras y cítolas embargó de repente mis sentidos. Aquellos sonidos tan melodiosos y tan tiernos vibraban dulcemente en mi corazón y elevaban mi espíritu y me transportaban fantásticamente á unos lugares divinos... á una gloria hermosa como la de Dios. Si la hubiérais oído, os hubiérais lanzado, como yo, á las rejas y con vuestro corazón hubiérais atraído hasta la mas pequeña vibración de los sonidos. Y despues una voz dulce, melodiosa y vibrante entonó una canción tan apasionada y sensible que hacía latir velozmente mi pecho, y una agitación se apoderó de mi cuerpo que me hacía verter un mar de sudor. Los cantares decían que un joven suspiraba enamorado... que lloraba á sus solas lamentando sus desgracias, porque esquivaba y cruel no correspondía á sus vehementes amores. La música, al fin, se alejó y cuando creí que ya nadie cruzaba por la calle, me eché de pechos en los hierros del balcón con el afán de oír si en otras rejas se daba la misma serenata, pero á los pocos instantes llegó á mis oídos los acentos de una voz varonil que pronunciaba mi nombre... miré á la calle y descubrí al joven que aquella tarde me había observado con tanto interés y antes que saliese de mi sorpresa me dirigió la palabra con tal ternura que yo quedé sujeta al balcón como atraída por el imán de su voz. Y entonces ¡ah! me dijo tantas cosas, me pintó un amor tan puro y me manifestó una pasión tan vehemente, que hizo nacer en mi corazón un amor tan sencillo é inocente como él me lo describía. Ya cuando la aurora despuntaba, se retiró, pero no sin prometerme ser por siempre constante y fiel, y asegurarme que en todo satisfaría mi gusto y voluntad. A cada paso que se alejaba vol-

ví la cabeza y al llegar á la esquina en donde ya no nos era posible vernos si daba un paso mas, puso la mano sobre el corazón y fijó de tal modo sus ojos en mí que todas las fibras de mi corazón se conmovieron. Luego me acosté y dormí tranquila algunas horas, pero sin apartarse de mi imaginación la figura del joven; soñaba cosas tan venturosas que al despertar le amaba mucho mas. Por la tarde volvió á pasar por bajo del balcón y tambien me habló; me suplicaba que bajase á la reja y así podríamos comunicarnos nuestros pensamientos sin molestarnos... me decía que tenía un grande anhelo por admirar de cerca mis gracias... yo, madre, todo lo creía sencillo y le concedí su escisigencia, pero para que fatigaros mas... baste decirlo que llegué á apasionarme hasta el extremo de no poderle negar nada de cuanto me escisigía, y una noche, en fin, en el Liceo... fui víctima del engaño y la maldad. Me inducía con palabras y aun con amenazas á que le siguiese fuera del Liceo, y yo imprudente así lo hice... me llevó á la playa... y... no se que sucedió... mis sentidos estaban arrobados por la pasión y mi pecho confiado en su inocencia. Desde aquella noche, ¡ha madre mía! no he vuelto á ver á tan falso é inicuo seductor y desde aquella noche la deshonra... oh; perdonadme, madre mía!... compadecíos de mi continuo sufrimiento... yo ignoraba que tan fatales resultados...

—Y quien... quien ese hombre que tan cruel y bárbaro labra mi desgracia?—dijo furiosa Doña Clara.

—Se llama Emilio...—entre sollozos murmuraba Eugenia.

—No me basta su nombre. ¿Quien es? Contesta pronto.

—No sé... no sé mas que su nombre...

—Mientes! tu palidez está diciendo que lo quieres ocultar... Dí quien es!

—Ah! por Dios... madre mía! yo no lo sé!... y se cogía temblorosa de las manos de su madre.

—Pues bien... lucha con tu deshonra... no mereces compasión... no, hija infame, que has arrojado una mancha terrible sobre el nombre de tus padres... muere con tu desesperación!...

Esto dijo, fuera de sí, Doña Clara y se preparaba para alejarse, pero pugnando Eugenia asida á sus manos por sujetarla, la desesperada madre la arrojó con violencia sobre el pavimento donde quedó postrada sin sentidos.

Pobre niña! Con efecto ignoraba el apellido del infame y seductor Emilio!

XVII.

La madre de la infeliz Eugenia se retiró á su habitación donde dió rienda suelta á las lágrimas.

La desesperación había alterado todo su organismo, haciéndola sumergirse en un peligroso delirio, pero esforzándose por ocultar su dolor trató de hacerse reflexiones ella misma y trazarse la conducta que en tan triste asunto debiera seguir.

Tal vez, decía para sí, será cierto que ignore quien es ese hombre. Mi hija tan inocente, tan buena, tan franca para su madre, no hubiera dudado en decirlo, tanto mas cuanto ella comprende que sabiéndolo quizá se encontraría el medio de librarla del des-

honor ó á lo menos nos vengáramos, porque ella tambien debe odiarle... sí, le odia como yo. Ay!... maldito el hombre que vive en la sociedad tan solo para envenenar el corazon de sus semejantes... maldito sea!... ¿Pero que hacer en tan apurado trance? Ah! mi cabeza se estravia!... Busquemos... busquemos los medios... sí, que mi hija no supo lo que se hizo, su inocencia la disculpa... pobre hija mía!... Cuanto debe sufrir!... y yo sin consideracion la hago mas padecer... pero yo la consolaré; ya no se puede evitar, por consiguiente, no debo martirizarla. Es preciso que nadie sepa... A la persona que la asista yo la gratificaré y guardará el secreto con fidelidad. Mi hija es inocente... Dios lo sabe: caiga el castigo sobre el infame que sin compasion ha causado su eterna desgracia!...

Habiendo estas idéas cruzado por su imaginacion consolando un tanto su pecho, se dirigió á la habitacion de su hija á la cual encontró anegada en un amargo llanto. Tambien Doña Clara, al contemplarla en tal estado, lloró, y besando su frente con cariño, la hablaba dulcemente vertiendo en su pecho el consuelo y mitigando en lo posible su amargura.

¿Qué haría, en igual caso, cualesquiera madre por rígida y severa que fuese?

Los corazones nobles cuando ven la desgracia es cuando recurren á sus buenos sentimientos: consolémos al triste que en ello hallaremos la recompensa. Qué mejor recompensa que el placer que se experimenta cuando se obra bien!...

Ahora, si la desgracia proviene del vicio, si es acarreada á causa de la poca virtud, entonces... pero yo no puedo dar consejos de esta naturaleza, porque los impulsos de mi corazon son de enjugar las lágrimas al que llora sin indagar las causas que las ocasionan. Esto no es siempre conveniente, por violento que me sea el decirlo. Pero el que lleva los ojos vendados y cae, sin saberlo, en un precipicio, no merece nuestra compasion y nuestra tolerancia?

—Si las merece, oigo decir á todos mis lectores.

Diego Vidal.

(Se continuará)

EL AMOR MATERNAL.

¿Qué tienes, madre mia?
por qué tus dulces ojos
se apartan con enojos
del hijo de tu amor?
Por qué de mis miradas
escusas el alhago,
y á mi contento, aciago
responde tu dolor?

¿Qué tienes? tus pupilas
en llanto ya se anegan,
y mis megillas riegan

tus lágrimas de hiel.
¿Soy yo quien á tu pecho
arranca ese suspiro?
cuando por tí respiro,
mirarte así es cruel.

¿Qué tienes? la alba luna
su luz vierte serena.
Ven, cuéntame tu pena;
¿que tienes madre? ven.
Y como en dulces dias
escucharé tu acento,
al murmurar del viento
que vaga por tu sien.

¡Oh! calla, no destroces
mi pecho dolorido;
mi corazon herido
es huérfano sin tí:
Tú buscas otro mundo
prendido en otros lazos,
y rompes en pedazos
el alma que te di.

¿En donde está aquel tiempo
de dicha y de ventura
en que tu frente pura
besaba á mi placer,
y era mi beso aroma
que el cielo perfumaba
y el mundo veneraba?
no besos de muger.

¿No sabes que en mi ser
con mágica demencia,
nutri yo tu ecsistencia,
soñé con tu vivir?
No sabes que en mis sueños
tu frente acariciaba,
y amante te miraba
tranquilo sonreír?

Yo luego vi tus ojos
con loco desvario,
tu ser era el ser mio,
y loca le adoré,
¡Oh! ¿quien, quien podrá amarte
cual yo que te vi apenas,
con sangre de mis venas
tu vida alimenté?

Y entonces venturosa
tu sueño era mi calma,
tu beso era mi alma,
mi encanto celestial;
tu vida mi ecsistencia
tu acento mi alegría,
tu angustia era la mia,
tu llanto mi puñal.

Mi nombre fué el primero
que profirió tu labio
gozoso y plancetero
cual símbolo de amor;
Y al recoger mi boca

tu acento balbuciente,
mi espíritu demente,
eterno el bien creyó.

Mas, ay, que ya en las alas
de dulces ilusiones,
olvidas emociones
que fueron mi placer.
Y á la llorosa madre
que fué tu amor primero,
todo el cariño entero
le roba una muger.

¡Oh! calla, madre mía,
tu amor siempre es mi cielo,
es tu dolor mi duelo,
tu llanto mi puñal,
tu vista la ventura
del alma placentera,
y mi delicia entera
tu acento maternal.

¿Qué valen las delicias
que brindan las mugeres?
que valen sus placeres
si amargos siempre son?
¿Qué pueden sus albagos
que pasan seductores,
contra el amor de amores
que siente el corazón?

Si adoro una belleza
y sus desdenes lloro,
otra me dá un tesoro
de fuego embriagador;
Mas si la muerte fría
quiere tu amor robarme,
que venga nadie á darme
otro maternal amor.

Si una muger me adora
y causo su amargura,
oiré en mi desventura
su negra maldición,
Pero la triste madre
á quien el hijo hiere,
le llama cuando muere
con santa abnegación.

¡Oh! nunca, nunca temas
en medio tus dolores,
que yo ese amor de amores
humille á otra muger.
Nunca verán tus ojos
que el hijo á quien adoras,
olvide aquellas horas
de cándido placer.

Yo velaré tu sueño,
yo arrugaré tu calma,
yo alhararé tu alma,
como en la edad pueril.

Y cuando el rauda tiempo
la fuerza de ti ahuyente,
¡ay! sostendrá tu frente
mi pecho varonil.

Antonio Rubio.

El ángel.

¿Por qué no decir al que creyente
un ángel bello en su delirio fragua:
no tengo nada aquí, quien por mi siente
viene á escribir su nombre sobre el agua?

CAMPREDON.

Llegue, ingrata muger, hasta tu oído
el triste suspirar del alma mía,
ya que mi pobre corazón herido
tan solo puede hablar de su agonía.

Llegue hasta tí, muger, el angustiado
gemir que el pecho en su dolor ¡ay! lanza,
llegue, Emilia, hasta tí, pues tú has matado
mi mas bella ilusión y mi esperanza.

Oye el mas triste desgarrado acento
del hombre que en silencio sufre y llora,
oye sin que profanes su tormento,
que á decirte no viene que te adora.

Tan solo entre el dolor que me arrebató
te vengo á recordar nuestros amores,
te vengo á repetir que eres ingrata
aunque atiendas estoica mis dolores.

Hoy hace un año que por vez primera
en tus brazos de amor me acariciabas,
un año ya que alegre y placentera
tu cariño por siempre me jurabas.

Un año ya que en noche misteriosa
llena el alma de dulce sentimiento,
á tu lado me hallé, muger hermosa,
aspirando el perfume de tu aliento.

Cuán bella y celestial, oh cuán vehemente
á mi pasión rendiste tu albedrío!
llevaba el sello del amor tu frente
y era tu afán y tu placer el mío.

Allí los corazones se agitaron,
nuestras almas allí se confundieron,
y allí lo que mis labios murmuraron
tus acentos divinos repitieron.

Allí mi estrella bendecida quiso
trocar el mundo en pabellón de flores,
y las puertas me abrió de un paraíso
á donde entraba respirando amores.

¿Por qué si el corazón nada sentía
tus engañosos labios se movieron?
¿Por qué tu mano se junto á la mía?
¿por qué tus ojos su mirar me dieron?

¿Por qué brindarme con afán ardiente
aquel cariño que arrobó á mi alma,
si la tuya surcaba indiferente
un mar inmenso de tibieza y calma?

Cruza, sirena, cruza y no me mires,
que tu amante de ayer hoy, no delira;
cruza, sirena, cruza y no suspires
que en tí ya es todo falsedad, mentira.

No quiero verte.... aparta de mi lado
que tu roce me hiela y me estremece:
¡si ya mi corazón has desgarrado,
gozate en mi dolor, mas desparece!..

Y por si alguna vez una mirada
el alma tuya dirigirme pueda,
no te olvides que aquí no dejas nada,
que ni un recuerdo de tu amor me queda....

R. TAMARIT PONCE.

A una Niña.

Ved á la blonda niña
En la pradera
Tras de la mariposa
Correr ligera.
Para engañarla
Lleva un ramo en la mano
De flor galana.

Son sus ojos divinos,
Su faz serena,
Los que causan enojos
A la azucena.
Y su mirada
Deja la flor hermosa
Al punto ajada.

Triscando hácia la fuente
Vá hollando flores
Y cantando cual cantan
Los ruiseñores.
Todo la alegría,
Los pajaros, las flores
La fresca yerva.

Posan las golondrinas
En su benlana
Cantando sus amores
Por la mañana.
Y es que las aves
Encuentran un recreo
Con los cantares.

Canta, niña adorada,
De noche y día
El amor que tu pecho
Tierno sentía.
Cual flor de almendro
Que nace brevemente
Se hiela presto.

Porqué al pié de Maria
Arrodillada
Estás algunas veces
Con faz velada?
Dí, niña hermosa,
Es que encierra tu pecho
Triste congoja?

Su madre le pregunta:
Qué tienes niña?
Por qué no cojes flores

En la campiña?
 Por qué suspiras
 Y pálida te pones
 Cuando me miras?

Ya no cuidas tus flores
 Ni tu gilguero
 Ni vas por las mañanas
 Al valle ameno.
 Siempre callada,
 ¿Es que tienes de amores
 Enferma el alma?

Qué tienes, hija mía?
 ¿Qué, niña bella?
 —Es que un gentil manzebo
 Sigue mi huella,
 Y lastimero
 Un amor me pedia
 Constante y tierno.

Si alguna vez mi rostro
 Hacia él volvía,
 Notaba que mi pecho
 Fuerte latía;
 Que es mi recreo
 Solo el feliz momento
 En que le véo.

—Pues solo, niña mía,
 Con tus cantares
 Arrancarás del pecho
 Esos pesares.
 Tu amor olvida
 Que tiene cual las flores
 Largas espinas.

Signió la tierna niña
 Triste, angustiada,
 Visitando á la Virgen
 Desconsolada.
 Sin alegría
 Al lado de su madre
 Siempre volvía.

Ya se escuchan los ecos
 De la campana,
 Anunciando que ha muerto
 La niña amada,
 Y al puro Cielo
 Ha subido cual ángel
 Con raudó vuelo.

Su madre bajó un día
 A la campiña
 Y halló muerto al mancebo

Que amó á la niña.
 —¡Ay triste suerte
 Que solo mi consejo
 Les dió la muerte!

De su balcon murieron
 Tambien las flores,
 Y se rompió la lira
 Dó cantó amores:
 Que al morir ella
 Todos juntos quisieron
 Seguir su huella!

Lorca 1859.

Juan B. Conesa y Peraleja.

Sin ella, qué es la vida?

Hizo Dios la muger, mas tan hermosa,
 que en su creacion gozoso se estasia:
 sé, la dice, del mundo tú la rosa,
 y exhala de tu cáliz la ambrosía.

El hombre con frenético delirio
 aspiraba tu aroma embriagador;
 mas él de tí no es digno, y su martirio
 serán tus bellas ojos, gaya flor.

Que yo las cercaré de aguda espina
 que destroze su mano sin piedad,
 y si llega á tocar la flor divina,
 la dicha y el dolor hallará al par;

Mas te dí tal valor, tal hermosura...
 que su mano el dolor no contendrá,
 y por libar tu cáliz, rosa pura,
 benditas tus espinas llamará.

Y en su locura y amoroso anhelo
 sus delicias, su cielo serás tú,
 y hácia tí partirá con raudó vuelo
 cual vá la mariposa hácia la luz.

Granada 59.

Juan Belver y Llamas.

Director y Editor responsable,

Juan A. Gutierrez de Tovar.

ALMERIA.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ.